



CONFIDENCIAS NADA DE HUMILDES

Pedro Mortheiru

Director teatral
Premio Nacional de Arte
Miembro de Número de la Academia de
Bellas Artes del Instituto de Chile

(Se me ha pedido que escriba corto. Lástima. Tendré que dejar fuera muchas cosas importantes).
Recordemos con humor y amor esos días de gloria.

Introito

Desde joven, me encantaron los funerales y los matrimonios. Ahí ya estaba mi olfato por lo teatral. Con los años, alguien me preguntó por qué yo me había dedicado al teatro. Le respondí: porque en el teatro están todas las artes que me gustan y que practico. Además, está ahí mi placer de compartir todo eso con otra gente, con un público.

Elogio de la exageración

Analizándome, llego a la conclusión de que mis famosas exageraciones ayudaron a perdurar al Teatro de la Católica. A través de esas exageraciones, el grupo se templaba al rojo vivo. Aún recuerdo ese día en que encerré con llave a todo al reparto para ensayar más tranquilo. Y había tal tensión y fervor en cada ensayo mío, que el aire se podía cortar con cuchillo. Además, mis ensayos eran muy numerosos. Tanto, que una vez un actor me dijo, indignado: *¡este Teatro más bien debería llamarse Teatro de Ensayos!* En esa época, yo también perseguía, en forma implacable, a los actores desafinados. Ya en esos años, me era posible percibir la semejanza entre la buena actuación y la buena música. Una tarde, de pronto, me aterró: ¡me descubrí dirigiendo como un director de orquesta! Es que a mí siempre me ha fascinado la manipulación del tiempo en el teatro. Arrau me enseñó más de teatro que la Universidad de Yale. Pero, insisto en que mis célebres exageraciones fueron muy útiles. Formaron al grupo a través de las más crueles pruebas de resistencia. Pero, siempre, con intensa mística, a manera de bálsamo. En esa época, a mí me llamaban *ese gordo implacable*.

Por todo ese mundo de rigor, este año podemos cumplir cincuenta años. Y todavía buscando la perfección, nunca la fama. El teatro, como el fútbol, es demasiado efímero como para servir a la fama.

Paternidad

Pocos conocen este secreto: el Teatro Ictus nació del Teatro de Ensayo. Por suerte, aún se le puede reconocer el sello de calidad y longevidad del padre.

Un terreno perfecto

¿Y de qué material estábamos hechos los fundadores? Eramos de fierro, eramos de roca. Y teníamos una profunda pasión por el teatro. Y nada con la política. Además, eramos perfeccionistas, con un feroz sentido crítico y, sobre todo, estético. Asimismo, teníamos un tesón casi cómico. O sea, eramos un terreno perfecto para que de él brotara cualquier cosa. Por eso, cuando llegaron a Chile esas compañías extranjeras que venían huyendo de la Segunda Guerra Mundial y de la Española, nosotros, como esponjas, absorbimos todas esas lecciones. Esas influencias fueron realmente profundas.

La mano blanda

Aún recuerdo con afecto a don Carlos Casanueva, nuestro rector, con sus ojos capotudos y su sonrisa lenta, estrechándonos la mano a Debesa y a mí. Era una mano blanda, como sin huesos. Con su sotana chorreada, digna de su santidad, un día nos dice, de improviso: *Bueno, formen su teatro, fórmenlo*. Llegar a ese momento había costado mucho. Al comienzo, don Carlos se resistió. El ambiente teatral le parecía pecaminoso. Sin embargo, al final, cedió. Ahora, un secreto: don Carlos conocía muy bien al abuelo de Fernando Debesa, el Dr. Marín. Las diabluras del Espíritu Santo, ese abuelo y nuestros ojos entusiastas, terminaron por convencerlo. Claro que, años después, don Carlos, sin querer, se vengó de nosotros. Se quedó dormido viendo **El burlador de Sevilla**, en un palco del Municipal. Bueno, los santos se levantan tan temprano... Pero lo divertido es que fue él quien se molestó y no nosotros. Se quejó: *no me gustó absolutamente nada ver que, cada vez que yo me despertaba, el Burlador tenía en sus brazos a una mujer diferente. Es el colmo*. Recuerdo a don Carlos con enorme cariño. El nos apoyó, pero sin darnos un peso, al comienzo. *Busquen por otro lado*, decía. Esos fueron los dolorosos años en que nos dimos cuenta de que el Teatro de Ensayo no podía vivir de aire. A poco andar, un almuerzo donde doña Sofía Concha de Aldunate nos significó una módica ayuda estatal. Ese día, en esa mesa con vajilla esplendorosa, estaba sentado, nada menos que el Ministro de Hacienda de la época, don Jorge Alessandri. Seguramente, él quedó muy impresionado con mi vehemencia y la de Debesa. Y, a propósito, ¿qué se habrá hecho esa subvención? En todo caso, aunque un poco tarde, gracias Sofía Concha, gracias don Jorge.

Camino al semi profesionalismo

Pienso que en **El abanico**, de Goldoni, se encontró toda la profunda huella de los conjuntos que nos visitaron. Gracias a ellos, se nos hizo evidente la necesidad del Director en el teatro. **El peregrino** había sido la primera obra, es cierto. Llena de esperanzas, entusiasmo y mística, pero, sospecho, aún artísticamente inmadura. Sin embargo, la verdadera revelación de nuestro talento y audacia fue **El abanico**. Y, hace poco, con cierto estupor, recién me dí cuenta de que esa fue la primera obra realmente experimental que se hizo en Chile. ¡Cómo me gustaría que la hubieran visto los actuales directores jóvenes, esos tan confusos y crípticos! Para mí, la claridad sigue siendo el mejor camino de comunicar algo a un público. La escenografía y vestuario, de Debesa, bellísimos, y mi dirección, topaban el cielo. Sin un ápice de realismo, la actuación era casi danzada. La insólita iluminación y la gran cantidad de música exquisita producían un total estético y creativo sorprendente. El espectáculo era una fiesta para el ojo, el oído y el espíritu. Y, conste, nada de realismo añejo. Curioso, desde un comienzo nos lanzamos con grandes obras clásicas, pero lejanas al realismo. Con los años, yo me he transformado en un adalid del realismo, pero considerándolo como el estilo más pedagógico para la formación de un actor o un director. A propósito, un día le dije a mis alumnos: *el buen teatro realista es como la vida misma, pero pasada en limpio*. Y esa pasada en limpio la hace el dramaturgo, el director y los intérpretes.

“Contigo en la soledad”

La primera obra francamente realista que hicimos fue **Contigo en la soledad**, de O’Neill, en una espléndida traducción de Magdalena Vicuña. Debo decir que, en esa época, yo estaba cansado de la poca disponibilidad de tiempo del equipo, por ser universitarios. Entonces, decidí llamar a algunos profesionales, de esos aún no contaminados. La idea fue resistida. Pero yo seguí adelante. Era una de mis típicas obsesiones. Claro, la inclusión

de esa gente aparecía incoherente de mi parte. Porque nunca hay que olvidar que uno de los acicates para que se produjera la famosa revolución de los teatros universitarios fue nuestra ácida crítica al teatro profesional. Y éste siempre nos miraba con sangre en el ojo cuando teníamos un éxito. En el fondo, esa gente nos odiaba con toda su alma. Como prueba, una vez el crítico Yáñez Silva, muy amigo de ese mundo, dijo algo ingenioso, aunque perverso: *Pedro de la Barra no es más que un siútico metido a roto.*

Contigo en la soledad marcó una nueva etapa importante en el Teatro de Ensayo, la de un semi profesionalismo. A su reparto entraron Anita González, Justo Ugarte, Lucile Durán y Eliana Tagle. Anita González tuvo una estupenda crítica. En el fondo, al correr de los años, junto a otros roles suyos, sin duda ese primer éxito le ayudaría a obtener el Premio Nacional de Arte. Como un antecedente previo a su entrada al Teatro de Ensayo, llamada por mí, contaré que un día la invitamos a ver **El abanico**, al Municipal. Quedó muy impresionada, según nos dijo después. El éxito de **Contigo en la soledad** fue rotundo. Tanto, que Santiago del Campo dijo por los diarios: *es lo mejor que le he visto al teatro chileno, hasta ahora.* Mi relación con Anita González fue siempre fluida, siempre cordial, siempre respetuosa. Con esa actuación, ella entraba de lleno a un nivel teatral superior, ese que ella se merecía.

La Facultad de Arquitectura de la Católica

Nunca hablaré lo bastante sobre el nexo entre el Teatro de Ensayo y la Facultad de Arquitectura de la Católica. No hay que olvidar que tanto Debesa como yo proveníamos de ahí. Dentro de una atmósfera rigurosa, esa Facultad fue capaz de descubrir y pulir talentos. Sus estudios nos dieron una sólida base plástica y de análisis de lo artístico. Sus profesores, europeizantes de corazón, nos impusieron su impronta de calidad. De esa Facultad salieron Roberto Matta, Nemesio Antúnez, Juan Orrego Salas, Emilio Duhart, Ernesto Barreda, Debesa y yo, entre otros. La mayoría, Premios Nacionales de Arte. Cuando me preguntan sobre una comparación entre el Experimental y el de Ensayo, contesto: *Ambos conjuntos tenían los mismos objetivos, pero su manera de hacer las cosas era totalmente distinta. Razón: los del Experimental eran profesores. Nosotros, arquitectos.* Cuando se abría el telón del Municipal, eso se notaba. Repito, esa Facultad fue la base de nuestros comienzos. Y hay que recordar que el Coro de la U. Católica también nació de ahí. A su vez, el Teatro de Ensayo salió de ese Coro. Dirigido por Juan Orrego Salas, alumno de Arquitectura, el que, por esos días, se iba a casar. Rápidamente, le organizamos un festejo simpático. El libreto era de Debesa. La dirección, mía. Todo muy premonitorio, como se ve. Esa representación fue tomada por nuestros profesores como una evidente muestra de talento y nos sugirieron seguir. Esa obrita marca exactamente el nacimiento de la idea de fundar el Teatro de Ensayo. Curioso, los dos teatros tuvieron una misma madre: la música. El Experimental salió de la Orquesta Afónica. Y, el de Ensayo, del Coro de la Católica. Curioso.

"El peregrino"

Volvamos al principio. El 12 de octubre de 1943, en el Teatro Cervantes de Valdivia, el Teatro de Ensayo hace su primera función. La obra: **El peregrino**, auto sacramental de Josef de Valdivielso, del Siglo de Oro. Una pequeña joya teatral elegida, con mucho olfato, por Roque Esteban Scarpa. ¿Quién se iba a imaginar que ese **Peregrino** peregrinaría por cincuenta años y más? Es que ese **Peregrino** estaba cargado con una tremenda electricidad e iba de la mano con un grupo variado de gente ilustre: Monseñor Casanueva, Mario Rodríguez, Sara Navas, Roque Esteban Scarpa, Gabriela Roepke, Oscar Pinochet de la Barra, Sergio Gutiérrez Olivos, Teodoro Lowey, Gustavo Becerra, Pablo Burchard hijo, Norman Day, Jorge Claude, Fernando Debesa, Pedro Mortheiru y tantos otros ángeles guardianes del **Peregrino**. Entre los más combativos estaban Gabriela Roepke, fiel amiga de siempre y traductora casi instantánea de obras francesas; Teodoro Lowey, actor de verdadero talento, poseedor de una infinita paciencia conmigo. Finalmente, Fernando Debesa, un fenómeno de intuición e ideas frescas, trabajador y culto. Hay que recordar sus estupendos diseños para **El abanico**, **El burlador de Sevilla** y **El gran farsante**. Sin su prolija ayuda artística, otros gallos me habrían cantado a mí y al Teatro de Ensayo. Ese 12 de octubre, en Valdivia, nadie nos pudo hacer callar. Los hermosos versos de Valdivielso sonaron como tiernos

disparos sobre ese escenario remoto. Aún escucho a Mario Rodríguez diciendo su célebre primera línea en la historia del Teatro de Ensayo. **El peregrino** le decía a la Madre Tierra: *¡Suelta, madre!* Y Sara Navas, La Madre Tierra, quejumbrosa, le contestaba: *¡Ay, hijo amado!* Cuando me topo con Sara Navas en el Banco, no puedo resistir de hacer ese mismo diálogo con ella. Y, mientras la gente nos mira atónita, nos reímos con una risa muy poco bancaria.

Reflexión

¡Es espeluznante pensar que esas dos primeras y modestas representaciones, la de la Católica y la de la Chile, iban a cambiar totalmente al teatro chileno en lo ético, artístico y estético! ¡Y, además, haciendo perdurar ese profundo cambio en forma ininterrumpida!

Despedida

Para terminar, diré que cuando me encuentro con amigos que no he vuelto a ver desde hace muchos años, siempre los saludo así:

¡Estás exactamente igual, pero totalmente diferente! Tal vez, ese mismo saludo le debería hacer ahora al Teatro de la Universidad Católica.

¡FELIZ CUMPLEAÑOS!